



La juventud rural española en el cambio de siglo¹

Cristóbal Gómez Benito y Juan Jesús González

Profesores titulares del Departamento de Sociología II (Estructura Social) de la Universidad Nacional de Educación a Distancia

Introducción

En los años 2000, a las puertas del nuevo milenio, nos planteamos volver sobre la situación de la juventud rural española, 16 años después de la realización de la primera encuesta de ámbito nacional realizada a este colectivo (1984)². Pudiera parecer que 16 años no son nada (parafraseando los 20 del viejo y conocido tango), pero en realidad es mucho tiempo. El cambio de la sociedad española en los últimos 20 ó 25 años ha sido tan extraordinario, en todos los ámbitos de la vida, que se puede decir que los tres lustros transcurridos separan dos mundos radicalmente diferentes. Pocas veces como en este caso la distancia temporal está tan lejos de reflejar la mucha mayor distancia social y cultural que separan nuestros días de aquellos cercanos pero a la vez lejanos años de la mitad de los 80. No exageramos si decimos que la situación del año 2000 muy poco tiene que ver con la 1984. ¡Y qué decir con la de la mitad de los años 70, el comienzo de la transición política!

El mundo rural no ha escapado a esta "gran transformación". Identificado típicamente muchas veces como la expresión de la estabilidad, si no del inmovilismo, en el mundo rural de comienzos de siglo apenas queda nada del mundo rural de mediados de los 80. Y dentro de ese mundo, el de los jóvenes rurales es el que más ha cambiado. En este trabajo expondremos algunos de los cambios más significativos.

El objetivo del estudio sobre la juventud rural española en el año 2000, era doble. Por un lado, profundizar en el conocimiento de la juventud rural 15 años después de la realización de la primera encuesta a este colectivo (1984). Con ello se pretendía apreciar la evolución de la juventud rural en ese período. Por otro, se pretendía comparar a la juventud rural con el conjunto de la juventud española, según nos la muestra el estudio "La juventud española 2000"³, con el objeto de comprobar hasta qué punto la juventud rural se diferenciaba del conjunto de la juventud española.

El estudio prestó especial atención al proceso de emancipación, los logros escolares y formativos, la inserción laboral, las prácticas asociativas, los estilos de vida y las preferencias políticas. Dado que en este breve espacio no podemos hacer siquiera un resumen del estudio atendiendo a cada uno de estos importantes aspectos, nos limitaremos a mostrar una visión muy general del mismo. El lector más interesado podrá acudir a la publicación para conocer con detalle la situación de la juventud rural española⁴.

La evolución de la situación laboral y económica (1984-2000): el impacto de la desagrarización

La comparación entre la situación de la juventud rural a mediados de los ochenta y la situación en el año 2000 muestra con claridad

la radical transformación de la sociedad rural española durante este tiempo. Entre las dos encuestas, no solo ha cambiado de forma extraordinaria su composición social interna y sus rasgos culturales, sino los perfiles de su contraste con la población urbana. Las fronteras de lo rural y lo urbano se difuminan en el seno de una sociedad cada vez más integrada y más móvil, al tiempo que desaparecen los límites ecológicos y, sobre todo, socioculturales de dicha distinción rural/urbana.

La situación de la juventud rural de mediados de los ochenta se definió como "atrapada entre dos crisis" (González et al. 1985). Hay que recordar que en 1984 España estaba tocando fondo en la larga crisis económica que se inició 10 años antes y que comenzó a superarse justamente un año después, en 1985. Una crisis demasiado larga para todos los sectores sociales, pero en particular para un sector que no había salido todavía de su propia crisis, la crisis de la agricultura campesina, que parecía cronificarse ante el colapso del sector industrial y la consiguiente imposibilidad de liberar sus propios excedentes de mano de obra.

Consecuencia de ese atrapamiento que caracterizaba la situación de la juventud rural a mediados de los años 80, aquel primer estudio de 1984 estaba dominado por consideraciones sobre el fracaso escolar, el paro juvenil y la imagen de una juventud apartada en la agricultura familiar a la espera de tiempos mejores. El contraste con este nuevo estudio de 2000 es sumamente elocuente de los cambios ocurridos en el medio rural español en los últimos 15 años. Tanto si hablamos de las trayectorias educativas de los jóvenes como de su situación laboral y profesional, el cambio que se observa es asombroso.

Vamos a ilustrar esta transformación desde un triple punto de vista:

- La situación laboral de los jóvenes, según se dediquen principalmente a los estudios o al trabajo.
- El tipo de relación laboral, según trabajen por cuenta ajena o por cuenta propia, y, en este último caso, según sean autónomos o que trabajen como ayuda familiar.
- La situación económica de los jóvenes, según el grado de independencia a la hora de obtener sus ingresos.

A lo largo del artículo compararemos por separado la situación de los varones y las mujeres rurales: esta es la única manera de entender la situación de la juventud rural, por cuanto se trata en realidad de dos situaciones perfectamente diferenciadas, hasta el punto de que la principal peculiaridad de la juventud rural no es otra que su extraordinaria diferencia interna por razón de género.

Por lo que se refiere a la situación laboral de los jóvenes, la situación de 1984 tenía dos características principales: incorporación

¹ En este breve artículo resumimos los resultados más significativos del estudio "Juventud rural 2000" realizado por el CIS (Estudio 2403/2000) para el Injuve y dirigido por nosotros. El universo del estudio estaba formado por individuos de ambos sexos comprendidos entre los 15 y los 29 años, residentes en núcleos de población menores de 3.000 habitantes pertenecientes a municipios menores de 30.000 (1.282.000 jóvenes en el colectivo de referencia). El tamaño de la muestra fue de 2.440 entrevistas (+2% de margen de error, para un 95% de confianza) que han sido distribuidas entre 332 núcleos o entidades. El trabajo de campo se realizó en los meses de noviembre y diciembre de 2000.

² González, Lucas y Ortí, 1985, "Sociedad rural y juventud campesina. Un estudio sociológico de la juventud rural", Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

³ CIS, Estudio 2370/2000

⁴ González y Gómez Benito, 2000, "Juventud Rural 2000", Injuve, Madrid.

prematura de los jóvenes a la actividad y predominio del modo de producción doméstico⁵. Esto segundo tenía, a su vez, dos implicaciones principales: alta proporción de jóvenes (de ambos sexos) trabajando en régimen de ayuda familiar y alta proporción de mujeres dedicadas principalmente a tareas domésticas. Ambas cosas han desaparecido del panorama juvenil rural, como veremos enseguida.

Para empezar, la proporción de jóvenes entre 15 y 29 años que tenían los estudios como ocupación principal era de un 10% entre los varones y de un 11,7% entre las mujeres. En el primer caso, escasa dedicación a los estudios y prematura incorporación a la actividad (frecuentemente, la actividad agraria) eran las dos caras de la misma moneda. En el segundo, escasa dedicación a los estudios se correspondía, en cambio, con una alta proporción de mujeres dedicadas a las tareas domésticas, frecuentemente en el hogar de sus padres.

Según el estudio de 1984, de cada 10 jóvenes varones se habían incorporado a la actividad laboral, lo que era compatible con una alta desocupación: dos de cada 10 varones se encontraban desempleados. La tasa de actividad de las mujeres era mucho más reducida (57%), pero no porque las mujeres estudiaran mucho más (de hecho lo hacían solo un poco más: 11,7% frente al 10% de los varones), sino porque casi un tercio de ellas se dedicaba a las labores del hogar: 31,5%.

Esta marcada división de roles sexuales era indicativa de un mundo todavía dominado por los esquemas patriarcales típicos del campesinado. De hecho, más de la mitad de los varones ocupados (35,8% de un total de 68,3% ocupados) y casi la mitad de las mujeres (17% de un total de 40,9% ocupadas) trabajaba en la agricultura.

Tras el intenso proceso de desagrarización vivido en los últimos 20 años en el medio rural, poco de esto encontramos ya en la actual generación de jóvenes rurales. La proporción de estudiantes se ha más que triplicado, en tanto que el peso de la agricultura se ha reducido a menos de un tercio en el caso de los varones (pasando del 35,8% al 11,3%) y casi ha desaparecido como ocupación entre las mujeres.

Con la desagrarización ha desaparecido también la principal característica diferencial de la juventud rural: el predominio de la ayuda familiar y el fenómeno de la ocupación sin ingresos. En torno a la mitad de los jóvenes ocupados en 1984 (algo menos en el caso de los varones, algo más en el caso de las mujeres) trabajaba en régimen de ayuda familiar, proporción que se había reducido al 8%, 15 años más tarde.

Dado que la gran mayoría de los jóvenes que trabajaba como ayuda familiar en 1984 carecía de remuneración, el fenómeno de la ocupación sin ingresos afectaba a casi dos de cada cinco ocupados. 15 años más tarde, este fenómeno está prácticamente desaparecido, lo que plantea la paradoja de que, con una tasa de actividad más reducida (a consecuencia de la expansión de los estudios), los jóvenes rurales disfrutaban hoy día de niveles muy superiores de independencia económica.

Resumiendo, de la comparación de los dos estudios mencionados se desprende: a) una extraordinaria expansión de la escolaridad, b) como consecuencia de esta prolongación de la escolaridad, los jóvenes rurales actuales se incorporan más tarde a la actividad que los de 1984, y c) la práctica desaparición del modo de producción doméstico, lo que implica la doble desaparición del trabajo sin ingresos y de las labores domésticas como dedicación principal de las mujeres, es decir se incorporan a la actividad al margen del negocio

Tabla 1. Situación laboral de la juventud rural (1984-2000)

	Varones 1984	Mujeres 1984	Varones 2000	Mujeres 2000
Estudiantes	10,0	11,7	32,0	39,4
Hogar	0,8	31,5	0,9	8,7
Ocupados	68,3	40,9	58,6	39,1
Parados	20,8	15,9	7,9	12,2
(Agrarios)	(35,8)	(17,0)	(11,3)	(2,1)

Fuente: González et al 1985, p 82, cuadro 7 y EJR 2000.

Tabla 2. Tipo de relación laboral de la juventud rural (1984-2000)

	Varones 1984	Mujeres 1984	Varones 2000	Mujeres 2000
Autónomo	12,9	7,8	15,9	13,7
Ayuda familiar	46,0	54,7	8,4	8,0
Asalariado	40,8	37,3	74,7	76,1
(Otra/NC)	(0,3)	(0,2)	(1,0)	(2,1)

Fuente: González et al 1985, p 117, cuadro 11 y EJR 2000.

Tabla 3. Situación económico-laboral de la juventud rural (1984-2000) (porcentajes totales)

	No ocupados 1984	Ocupados 1984	No ocupados 2000	Ocupados 2000
Sin ingresos	37,2	20,5	42,3	1,3
Con ingresos	8,0	33,2	8,8	47,5

Fuente: González et al 1985, p 151 y EJR 2000.

familiar, con la casi desaparición de la vieja figura de ayuda familiar como expresión de dependencia económica y subordinación familiar.

La relación de los jóvenes rurales con los estudios y con el trabajo

Como hemos adelantado, la principal peculiaridad de la juventud rural en el año 2000⁶ es su extraordinaria diferencia interna por razón de género. El estudio muestra claramente cómo las diferencias de género en el seno de la juventud rural son más significativas que las diferencias entre rurales y urbanos. No es fácil, sin embargo, prever las consecuencias de este avance femenino en el medio rural, por cuanto implica cierto grado de desencuentro y divorcio en el seno de la juventud rural. No se trata, por supuesto, de un tema nuevo, pero está teniendo un alcance sin precedentes, lo que nos plantea una cierta paradoja. Pues justamente cuando las fronteras entre lo rural y lo urbano parecen difuminarse, este distanciamiento intersexual en el seno de la juventud rural se convierte en un poderoso factor de diferenciación entre rurales y urbanos, hasta el punto de que dicho distanciamiento constituye, al día de hoy, la principal diferencia entre unos y otros.

El estudio de la relación entre formación y empleo nos habla de dos lógicas diferenciadas entre varones y mujeres rurales: mientras la de los primeros parece estar guiada por la priorización de la inserción laboral, la de las segundas parece estarlo por la priorización de la formación. Puede que esta doble lógica esté influida por la dicotomía entre trabajo manual y no manual que rige, con carácter general, la adscripción de varones y mujeres al mercado de trabajo en el medio rural. Pero es probable también que operen estrategias

Tabla 4. La situación de actividad de la juventud rural (2000)

	Var 15-19	Var 20-24	Var 25-29	Muj 15-19	Muj 20-24	Muj 25-29	Total
Estudia	63,4	21,8	7,3	76,6	32,6	7,1	35,1
Estud. y trabaja	5,1	6,2	7,3	3,1	6,8	3,3	5,3
Trabaja	24,0	59,3	77,3	11,9	40,5	56,1	44,6
Parado	6,6	10,3	6,9	7,2	13,4	14,8	9,9
Hogar	0,6	1,2	1,1	0,6	6,2	18,1	4,6
NC	0,3	1,2	(11,3)	0,5	0,6	0,6	0,5

Tabla 5. Tasa de actividad y paro de la juventud rural (2000)

	Var 15-19	Var 20-24	Var 25-29	Muj 15-19	Muj 20-24	Muj 25-29	Total
Actividad	35,8	75,9	91,5	22,2	60,7	74,1	59,8
Busca	20,4	14,6	8,7	33,3	23,3	21,6	17,8

Tabla 6. Tasa de salarización de la juventud rural (2000)

	Var 15-19	Var 20-24	Var 25-29	Muj 15-19	Muj 20-24	Muj 25-29	Total
Asalariado	79,8	78,2	74,0	81,9	78,9	76,3	77,1
No asalar.	20,2	21,8	26,0	18,1	21,1	23,7	22,9

familiares tendentes a diversificar los destinos ocupacionales de los hijos en función del género, tal como algunos estudios han puesto de manifiesto.

Las principales diferencias entre los varones y las mujeres en relación con los estudios y el trabajo se manifiestan en los siguientes aspectos.

Estudios: Los jóvenes rurales superan a los varones no sólo en la tasa de estudiantes sino también en la prolongación de los estudios. Entre los más jóvenes (15-19), las diferencias en la tasa de estudiantes por razón de género son de 13 puntos porcentuales, que se reducen a 11 puntos si incluimos a los que compatibilizan estudios y trabajo. En cualquier caso, se trata de diferencias apreciables que se hacen más visibles todavía en el siguiente grupo de edad (20-24), donde la tasa de mujeres estudiantes supera en un 50% a la de varones.

Actividad. En cuanto a la situación de ocupación, la pauta diferencial se confirma: el paro es mayor entre las mujeres que entre los varones. Mientras la tasa de paro masculina es del 13%, la femenina alcanza el 24%. Atendiendo a la evolución del paro por grupos de edad, se observan también pautas diferenciadas: mientras el paro masculino se reduce rápidamente con la edad (hasta llegar al 8,7% en el grupo 25-29), el paro femenino tiende a estancarse, manteniéndose siempre por encima del 20%.

Salarización. Mucho menos visibles son, en cambio, las diferencias en materia de salarización: la tasa es del 76,5% entre los varones y del 78% entre las mujeres, lo que relativiza la mayor tendencia de los varones al trabajo autónomo que se consideraba característica del medio rural. Tampoco se observan diferencias de género en lo que se refiere a la tasa de temporalidad: 54% en ambos casos con parecida evolución por grupos de edad. La pauta de que la tasa de asalariación sea mayor en los grupos de edad más jóvenes, tanto hombres como mujeres, constituye un cambio notable respecto a la pauta tradicional de los jóvenes rurales y un indicio más del proceso de convergencia con los jóvenes urbanos.

Ocupación. El estudio nos ofrece un contraste entre varones y mujeres rurales estructurado en torno a la distinción manual-no manual. En las demás categorías (profesionales, autónomos y no

cualificados) las diferencias porcentuales entre varones y mujeres se sitúan dentro de los márgenes de error de la encuesta. Pero mientras las ocupaciones manuales representan el 39,3% de los empleos masculinos y solo el 11,4% de los femeninos, las no manuales representan el 14,8% de los empleos masculinos y el 44,7% de los femeninos.

Si se tiene en cuenta la ocupación de los padres, los datos pueden resumirse de la siguiente manera: mientras la estructura ocupacional de los varones se configura principalmente en torno a la influencia paterna, el empleo de las mujeres se estructura en torno a las ocupaciones no manuales, casi con independencia de la ocupación del padre.

Ingresos. Estos ingresos pueden ser de tres tipos: mensuales, anuales y por hora. En promedio, el ingreso mensual de los varones es un 27% superior al de las mujeres: 125.800 pts. frente a 99.100. Esta diferencia porcentual se mantiene en términos de ingreso anual: 1.311.500 pts. frente a 1.028.800 (lo que quiere decir que no hay diferencias en el número de meses trabajados por año entre varones y mujeres), pero se reduce a la mitad en términos de ingresos por hora: 845 pts. frente a 738 (lo que quiere decir que los varones trabajan más horas por semana que las mujeres).

Por tipos de ocupación, las pautas de varones y mujeres son parecidas, pero no coincidentes. En ambos casos, son los profesionales, seguidos de los autónomos, los que más ganan en términos de ingresos mensuales. En ambos casos también, ambas categorías se igualan en términos de ingresos anuales, debido a que los autónomos trabajan mayor número de meses que los profesionales. Pero en ambos casos también, esta aparente igualdad de ingresos encubre, en realidad, dos situaciones muy distintas: la de los profesionales, que tienen un salario por hora muy por encima de la media (en el caso de las mujeres, casi duplica la media), y la de los autónomos, cuyos ingresos por hora están claramente por debajo de las medias respectivas (en torno al 20%, en ambos casos).

Las diferencias entre varones y mujeres tienen que ver nuevamente con la relación manual-no manual: mientras en el caso de los varones, los empleos manuales proporcionan ingresos superiores en todos los casos a los empleos no manuales (e incluso superiores a

⁵ Entendemos por modo de producción doméstico un modelo de organización económico-laboral regido por los principios de la familia campesina tradicional: a) un principio de identificación entre los intereses de la familia y los de la explotación, y b) un principio (patriarcal) de jerarquía en virtud del cual el cabeza de familia hace las veces de representante y baluarte de dichos intereses, en tanto que el resto de la familia colabora en régimen de ayuda familiar.

⁶ En este apartado tomaremos como referencia las entidades de menos de 3.000 habitantes (es decir, la totalidad de la muestra del estudio EJR 2000).

Tabla 7. Tipo de ocupación según Ocupación del padre: varones

	Autónomo	Profesional	No manual	Manual	No cualificado	Total
Autónomo	35,6	6,7	1,1	4,8	5,4	12,7
Profesional	6,0	22,8	13,4	4,4	7,9	6,9
No manual	16,2	22,8	32,1	12,2	10,4	14,8
Manual	20,1	14,8	21,6	62,5	41,0	39,3
No cualif	22,1	32,8	31,9	16,2	35,2	26,4
TOTAL	27,1	4,3	8,7	32,8	27,0	100,0

Tabla 8. Tipo de ocupación según Ocupación del padre: mujeres

	Autónomo	Profesional	No manual	Manual	No cualificado	Total
Autónomo	18,2	15,9	7,5	9,3	5,1	10,6
Profesional	13,0	31,5	6,1	7,7	4,2	8,8
No manual	40,2	52,6	51,0	47,3	43,3	44,7
Manual	10,0		10,6	15,9	8,2	11,4
No cualif	18,7		24,7	19,7	39,3	24,5
TOTAL	26,6	3,4	5,5	36,5	28,1	100,0

Tabla 9. Ingresos laborales de la juventud rural, según tipo de ocupación: varones

	Autónomo	Profesional	No manual	Manual	No cualificado	Total
Ingresos mensuales (000)	137,5	151,8	109,1	128,2	120,3	125,8
Ingresos anuales (000)	1628,9	1634,9	1119,2	1351,3	1158,3	1311,3
Ingresos hora	684,6	1096,8	741,7	904,4	802,7	844,9

Tabla 10. Ingresos laborales de la juventud rural, según tipo de ocupación: mujeres

	Autónomo	Profesional	No manual	Manual	No cualificado	Total
Ingresos mensuales (000)	125,2	141,9	95,2	92,3	86,0	99,1
Ingresos anuales (000)	1429,0	1456,2	984,4	1008,7	832,4	1028,8
Ingresos hora	604,0	1405,8	711,7	654,4	659,3	737,6

las medias respectivas de ingresos mensuales, anuales y horarios), en el caso de las mujeres esos mismos empleos proporcionan ingresos inferiores a los empleos no manuales (e inferiores también a las medias respectivas). Solo en el caso de los ingresos anuales, los trabajos manuales femeninos proporcionan ingresos ligeramente superiores a los no manuales (debido a su mayor estabilidad temporal), pero inferiores a la media.

Paro y búsqueda de trabajo. Como se recordará, un 13% de los varones y un 24% las mujeres se encuentran en paro, es decir a la búsqueda de empleo⁷. En promedio, estos jóvenes llevan buscando empleo ocho meses, pero el tiempo de búsqueda varía considerablemente por razón del sexo (cinco meses en el caso de los varones y 10 en el de las mujeres) y de la experiencia laboral (medio año cuando han trabajado anteriormente y algo más de un año cuando buscan primer empleo). De cada tres parados, dos tienen experiencia laboral y uno busca su primer empleo. La principal característica de esos dos tercios de parados con experiencia laboral anterior es su inestabilidad laboral: en el último año, los varones en esa situación han trabajado un promedio de seis meses y han realizado dos trabajos distintos, en tanto que las mujeres han trabajado cinco meses y realizado tres trabajos distintos. En lógica consecuencia, los ingresos por trabajo conseguidos al cabo del año son más bien escasos: 545.000 pts. en el caso de los varones y 221.000 en el de las mujeres.

La desaparición del contraste rural/urbano

Hace tiempo que los procesos de convergencia entre el mundo rural y el urbano están borrando las fronteras tradicionales entre ambos. Hoy se puede hablar de cierta desigualdad en cuanto a niveles de renta, acceso a los servicios, y otros indicadores de bienestar, pero poco más y aún así en muchos aspectos las zonas rurales no se encuentran en la peor situación. Pero desde luego lo que ya no se puede sostener es la permanencia de una sociedad y una cultura rurales claramente diferenciadas de la sociedad y de la cultura urbana. Las diferencias se dan dentro de un mismo tipo de sociedad, de modo que la variable ecológica ha dejado de ser significativa.

Esta convergencia tiene su correlato en la percepción que los jóvenes rurales tienen de sí mismos: cuatro quintas partes de los jóvenes rurales no se sienten diferentes de los jóvenes urbanos en cuanto a su manera de ser y sus opiniones.

Por lo que se refiere a los comportamientos socioculturales, el cambio parece haber sido desigual, mezcla de avances significativos en la vida asociativa del medio rural y de continuidad en las pautas religiosas y políticas. En materia religiosa, aumentan ligeramente los jóvenes que se consideran católicos no practicantes y los varones que se consideran no creyentes. En materia de participación política, la juventud rural sigue mostrándose más bien distante de la política (que no indiferente), al tiempo que desaparecen las diferencias de género observadas en 1984 debido a un aumento de la participación política de las mujeres. Las diferencias con sus coetáneos urbanos

en estos aspectos apenas son significativas.

Todas estas tendencias no hacen sino subrayar la aproximación entre los jóvenes rurales y urbanos, sometidos ambos a similares procesos de individualización y emancipación en los que la mujer va ganando terreno.

El arraigo de los jóvenes rurales y la revalorización del mundo rural

Los cambios en el orden educativo y laboral, la mejora de las condiciones de la vida rural, su mejor accesibilidad y conexión con el mundo exterior, añadido a la revalorización de lo local, lo tradicional y lo natural (ingredientes significativos del paradigma posmoderno), han contribuido a modificar la percepción y valoración de los jóvenes rurales de su propio entorno ecológico y sociocultural, con el consiguiente sentimiento de arraigo y de identificación de estos jóvenes respecto al medio rural. Esto es especialmente significativo en el caso de los jóvenes (tan proclives a desarraigarse de su localidad de origen), pues casi dos terceras partes de ellos preferirían quedarse en sus pueblos si pudieran elegir, lo que está en concordancia con la revalorización creciente de las zonas rurales en la sociedad postmoderna.

El estudio muestra que determinados elementos de la ruralidad propician el desarraigo (pequeño tamaño de las localidades, grandes distancias respecto a centros urbanos, etc.), especialmente entre las mujeres, en coherencia con una historia reciente de mayor desvinculación femenina respecto del mundo rural. Pero, en general, esta generación de jóvenes rurales parece más arraigada que la anterior, de la cual no se puede decir tanto que estuviera arraigada como que se encontraba forzosamente aparcada ante la ausencia de expectativas migratorias.

Más allá de las inevitables diferencias de género, el arraigo está influido sobre todo por la situación laboral, de suerte que el sentimiento de desarraigo aumenta hasta el 41% entre los parados de ambos sexos, en tanto que desciende hasta el 27% entre los varones ocupados y hasta el 32% entre las mujeres ocupadas. Así pues, entre las mujeres se observa una mayor tendencia a desligarse de su lugar de origen, tal como se desprende de un mayor nivel de estudios, que les empuja a realizar sus expectativas laborales y personales más allá del pueblo.

Cuando observamos la distribución regional del desarraigo y de los indicadores asociados a él, todo parece indicar que las preferencias de nuestros jóvenes rurales de hoy día están presididas por la paradoja de que cuanto más se han urbanizado los pueblos y más evidente resulta el continuo rural-urbano, mayor es su conformidad con la vida rural. De ahí que debamos considerarles como ruralistas matizados, que, a diferencia de la generación anterior, han dejado de ser agraristas.



En resumen, la juventud rural española del 2000 ha mejorado notablemente su situación respecto a la generación inmediatamente anterior, los jóvenes de hace 15 años. Con más estudios, con más y mejores empleos, pueden ahora emanciparse con más facilidad respecto a sus familias de origen. Puede que muchos decidan abandonar el pueblo en busca de mejores oportunidades, pero eso no empaña sus preferencias por la vida rural. Su mayor movilidad hace que su ámbito de referencia espacial supere los estrechos límites del pueblo, lo que les permite vivir en él sin renunciar a los servicios que ofrecen las poblaciones más grandes. Son jóvenes que se sienten en general satisfechos con la familia, la vida en el pueblo, la vivienda, los estudios y el trabajo, que utilizan su tiempo libre de forma similar a como lo hacen los jóvenes urbanos y que, en definitiva, no se sienten diferentes de ellos.

⁷ Sobre el total de la muestra los parados representan un 11%.